

# MI HERMANA, MI REINA



MARÍA DESALINAS

*Mi hermana, mi reina. La historia de Catalina de Aragón  
contada por su dama y fiel amiga, María de Salinas*

Título original: *All Manner of Things*

© 2021 Wendy J. Dunn

© de la traducción: Tatiana Marco Marín

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[www.facebook.com/librosdeseda](http://www.facebook.com/librosdeseda)

@librosdeseda

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Gema Martínez Viura

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Crow's Eye Productions/Arcangel Images

Imagen de la portadilla: dama de la época Tudor, de autor anónimo. Según Carole Levin, historiadora y autora del libro *Extraordinary Women of the Medieval and Renaissance World. A Biographical Dictionary*, se trata de María de Salinas.

Primera edición: septiembre de 2023

Depósito legal: M-XXXXXX-2023

ISBN: 978-84-19386-19-9

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

WENDY J. DUNN

# MI HERMANA, MI REINA

LA HISTORIA DE CATALINA DE ARAGÓN CONTADA POR SU DAMA  
Y FIEL AMIGA, MARÍA DE SALINAS, BARONESA WILLOUGHBY DE ERESBY

Libros de  
*seda*



*Les dedico esta novela a mi hijo Tim y a mi hermana Karen. Ambos hicieron que retomara el camino que me dictaba el corazón.*



## PREFACIO

**D**urante siglos uno de los episodios más célebres de la historia de Inglaterra fue el enfrentamiento que protagonizaron los reyes Enrique VIII (1491-1547) y su primera esposa doña Catalina de Aragón y Castilla (1485-1536) por la validez de su matrimonio. Esta reina de Inglaterra de origen hispánico fue la hija menor de los poderosos Reyes Católicos y nació a finales de 1485 en un momento clave para la historia europea. Tan solo unos meses antes, Enrique Tudor derrotó al rey Ricardo III poniendo así fin a la complicada Guerra de las Dos Rosas que en Inglaterra venía enfrentando a las casas de los York y los Lancaster desde mediados del siglo xv. Tan solo unas semanas después del nacimiento de la infanta en la villa de Alcalá de Henares, la reina Isabel la Católica se entrevistó por primera vez con un explorador italiano llamado Cristóbal Colón que quería que le financiara un viaje atendiendo a las teorías que ya circulaban de que la tierra era redonda. Isabel finalmente aceptó sufragar la empresa y con ello ambos cambiaron el curso de la historia de Europa para siempre.

Si hubo una persona que conoció y estuvo al lado de Catalina de Aragón, como es comúnmente conocida esta reina, durante la mayor parte de su vida fue su servidora y amiga María de Salinas (c. 1490-1539). La protagonista del presente libro fue, al igual que su señora, un agente de cambio femenino fundamental en Inglaterra. Ambas crearon su identidad en la corte de Isabel la Católica, algo que tuvo una gran impronta en sus actuaciones en la corte Tudor. Además, el hecho de que en el trono de Castilla hubiera una reina que lo era por derecho propio hizo que las

mujeres tomaran un nuevo protagonismo en la corte. Isabel fue una gran mecenas del movimiento humanista y del estudio del latín. Buen ejemplo de esto es el caso de Beatriz Galindo conocida como La Latina y que en esta novela es presentada como la educadora de María, un hecho que es muy probable no esté muy lejos de la realidad histórica. Y los Reyes Católicos se apoyaron enormemente en el trabajo administrativo de familias como los Salinas que participaron en empresas regias que los llevaron desde Portugal hasta Flandes pasando por Inglaterra.

Gracias a la documentación castellana sabemos que María fue una de las damas de compañía que partió con la ya princesa de Gales hacia Inglaterra en 1501. Desde Granada fueron en peregrinaje hasta Santiago de Compostela para después embarcarse en La Coruña. El matrimonio de la infanta doña Catalina con el príncipe de Gales, Arturo Tudor, tuvo lugar en noviembre de 1501 en Londres y fue el mayor acontecimiento propagandístico del reinado. Ya en la corte Tudor, existen varias fuentes que apuntan a que entre ambas mujeres existía un fuerte vínculo. Siendo ya reina de Inglaterra, el embajador del rey Fernando de Aragón advirtió a su señor del poder que María tenía dentro de la corte de su hija, la influencia que ejercía sobre la reina y se mostraba preocupado al comprobar que también tenía muchos intereses y contactos en los Países Bajos. Esto solo muestra la confianza que la reina depositó en ella.

No parece una coincidencia que el matrimonio de María de Salinas con William Willoughby, undécimo barón Willoughby de Eresby, se llevara a cabo tan solo meses después de que la reina hubiese dado a luz a su única hija superviviente. Es muy posible que, con el matrimonio de María de Salinas, la reina doña Catalina tuviera la esperanza de que su amiga fuera madre también para poder crear un círculo hispánico alrededor de su heredera. Conviene recordar que la princesa María Tudor se convertiría en la primera mujer en sentarse en el trono de Inglaterra por derecho propio en 1553. Tal fue el favor regio con el que contó María con motivo de su matrimonio que Enrique VIII le concedió junto a su marido el castillo de Grimsthorpe en Lincolnshire. En 1519 María dio a luz a Catherine Willoughby, a quien nuestra protagonista en esta novela dirige su carta al final de su vida explicando los motivos de sus actuaciones.

La mayor aportación que hizo María de Salinas a la historia de Inglaterra fue su lucha judicial frente a su cuñado sir Christopher Willoughby

por los derechos sucesorios de su hija tras la muerte de su marido en 1526. A diferencia de en su Castilla natal, donde mujeres como Beatriz Galindo fueron capaces de fundar mayorazgos para sus herederos, en Inglaterra la situación legal de las mujeres fue muy diferente. Pero estas circunstancias no detuvieron a María, que protagonizó una lucha titánica por defender los derechos de Catherine Willoughby desafiando el sistema patriarcal imperante. Finalmente, Catherine se convirtió en la undécima baronesa Willoughby de Eresby gracias a la lucha de su madre.

El carácter asertivo que María y Catalina aprendieron de la reina Isabel la Católica también tuvo su mejor reflejo en el episodio final de esta historia entre ambas amigas. Cuando la baronesa recibió noticias a principios de 1536 de que su señora iba a morir, cabalgó hasta el castillo de Kimbolton desafiando la orden del rey Enrique VIII para mantener a Catalina aislada de todos sus seres queridos y aliados. Haciendo caso omiso de la prohibición, se las ingenió para entrar en el castillo incurriendo en un delito considerado como alta traición. La reina doña Catalina, la mujer que le dio todo a María de Salinas y su más fiel amiga, murió en sus brazos el 7 de enero de 1536; la baronesa murió tres años más tarde. María de Salinas no solo debe ser recordada como una gran castellana sino como una mujer fundamental en las relaciones anglo-hispánicas. El lector encontrará de su interés saber que entre sus descendientes en Inglaterra estuvo Diana Spencer, la que fuera princesa de Gales y madre del futuro rey de Inglaterra, fallecida trágicamente en 1997 en un accidente de tráfico en París.

En esta maravillosa novela María de Salinas y Catalina de Aragón vuelven a la vida para que conozcamos la historia de la profunda amistad que las unió.

EMMA LUISA CAHILL MARRÓN,  
historiadora del arte



# PRÓLOGO

**L**a luz del día comenzó a menguar, retirándose como el Támesis y sus mareas. María de Salinas, baronesa Willoughby de Eresby, dejó la pluma que no había utilizado y se levantó del asiento para encender las velas de la diminuta habitación que utilizaba como estudio privado. Cuando regresó al escritorio, se volvió un poco sobre el asiento para mirar a través de la ventana los robles que había en el jardín. Al otro lado del grueso cristal, los árboles, que recibían el roce de la nieve al caer, parecían salidos de un sueño y, bajo la tenue luz del día, sus ramas desnudas se habían oscurecido hasta volverse casi negras.

El fuego ardía resplandeciente y hambriento en el hogar cercano, pero, aun así, ella temblaba. Se sacudió y se arrebujó con su viejo manto. «Aunque hace años que siento este frío». Haciendo caso omiso de la dureza del asiento y los gemidos y silbidos del viento invernal, volvió a contemplar el pergamino color crema que había sobre el escritorio inclinado. La forma de su cabeza desnuda dibujaba una sombra sobre la vitela y el pergamino en blanco se burlaba de ella: se enfrentaba a ella y la retaba a comenzar.

María suspiró, mirando la matriz del sello de la baronía de Willoughby de Eresby que estaba junto al tintero, en la parte superior del escritorio. Se inclinó hacia delante, acariciándolo con el dedo índice. Su adorado marido, que había muerto hacía más de doce años, se lo había regalado el día de su boda. En aquel momento, parecía que el sello estuviera esperando a que le escribiera aquella carta a su hija. Contaría su verdad. En aquellos días de desolación, era la única verdad que le

quedaba, la única verdad que importaba. Tomó la pluma y, con una habilidad practicada, trazó las primeras palabras, haciendo una pausa para sumergir la punta de nuevo en la tinta.

Escrita en mi casa de Londres en el Día de Santa Águeda, durante el vigesimoséptimo año del reinado de Enrique VIII. Para mi hija, la duquesa de Suffolk.

*Hija mía, mi Catalina:*

*Escribo esta carta para pedir os un favor. La muerte viene a por mí y la recibo de buen grado. Hija, no escribáis una respuesta burlándoos de mí o suplicándome que no diga algo así. He estudiado medicina el tiempo suficiente como para reconocer las señales, que recibo con los brazos abiertos. He visto pasar cincuenta y tres inviernos y no deseo ver ni uno más. Estoy cansada, no por la edad, sino por el sufrimiento. Sin embargo, antes de morir, quiero que comprendáis... No; necesito que comprendáis por qué nuestras vidas han transcurrido tal y como lo han hecho. Deseo... No; necesito contaros mi historia. Aunque no se trata solo de mi historia. Desde el principio, los hilos de mi propia vida han estado entrelazados con los de mi amada reina.*

María se enjugó las lágrimas, odiaba su debilidad. En aquellos días, lloraba con demasiada facilidad. Volvió a mirar la carta. Lo que iba a escribir a continuación haría que su hija comprendiera al fin su vida y las decisiones que había tomado o, por el contrario, haría que volviera a fracasar a la hora de derribar el muro que se había levantado entre ambas desde que la entregara en matrimonio a Charles Brandon, duque de Suffolk. La muchacha, bien educada, mostraba un rostro feliz ante los demás, pero, a puerta cerrada, la historia cambiaba. Las palabras amargas que le dirigiera antes de casarse volvieron a retumbarle en los oídos: «Me prometisteis que me desposaría con Harry. Jamás pensé que seríais tan malvada y cruel como para hacer que me despose con un hombre lo bastante mayor como para ser mi abuelo».

Jamás debería haber hecho aquella promesa. Tendría que haber sabido que no debía confiarle a Suffolk el bienestar de su hija. Debería haber recordado su propia vida y las duras lecciones que esta le había enseñado.

En el taburete que había junto al escritorio, un fajo de cartas atado con cuidado esperaba a que añadiera la suya. También debía enviar aquellas misivas, que los nietos de La Latina le habían devuelto, para que las viera su hija. La mayor parte de las cartas que le había escrito a aquella mujer estaban en aquel fajo; cartas que había escrito desde que tenía dieciséis años hasta poco antes de la muerte de su maestra tres años atrás.

Observando la carta inacabada, María se preguntó si sería la última. Ya le estaba resultando una de las más difíciles de escribir. «No, no puedo volver a fracasar; me niego a fracasar. Esta carta hará que mi hija entienda el poco poder que tienen las mujeres sobre su propia vida». Volvió a sumergir la pluma en la tinta y, durante un rato, rasgó el pergamino con resolución.

Sintió un calambre en los dedos. Dejó la pluma para descansar la mano y miró por la ventana sin ver nada. Ya no podía escuchar la voz del viento. Más allá del crepitar ocasional del fuego, la habitación permanecía en silencio con excepción de sus recuerdos, que titilaban y danzaban sobre las llamas.



## PARTE 1

*Hija, todavía no había cumplido dieciséis años cuando todo cambió para mí. Sobre las andas reales... Perdonadme por mi inglés, hija; se me olvida que tal vez no conozcáis esta palabra que, en mi tierra, se solía usar para decir «litera». Durante meses, recorrimos los antiguos caminos de los peregrinos hacia Santiago y cada día que pasaba me acercaba más a una vida en el exilio. Todos nosotros dejamos atrás a nuestras familias. Sabíamos que no volveríamos a verlas nunca más.*



# CAPÍTULO 1

*Junio de 1501.*

*Camino de peregrinaje hacia Santiago de Compostela.*

*Monasterio de Guadalupe.*

**C**uando se despertó tras haber recibido una patada en la pierna, María dio un brinco y se golpeó la cabeza contra el pilar desconocido de una cama extraña.

—¡Por la espada de san Miguel!

Con los ojos acostumbrándose a la luz tenue, se frotó la coronilla, dolorida.

Junto a ella, destapada, su princesa y compañera de dormitorio desde hacía mucho tiempo daba vueltas en la cama mientras dormía. Catalina jadeó como si estuviera corriendo para salvar la vida y gritó un «¡No!» prolongado.

María se agachó para sacudir a su amiga y prima.

—Despertaos; estáis soñando.

La muchacha se estremeció, se revolvió en la cama y abrió los ojos de golpe.

—¿A eso llamáis «sueño»? —Tembló mientras se santiguaba—. Más bien era una pesadilla, enviada por el mismísimo diablo.

María se santiguó también y agarró la mano de su amiga.

—Contadme el sueño; ahuyentad vuestro temor.

La princesa se apoyó en el cabecero de la cama, abrazándose a la almohada.

—Hablar de ello no me ayudará.

—¿Cómo lo sabéis si no lo intentáis?

Cansada y gruñona, con la cabeza todavía dolorida, María miró detenidamente a Catalina. Bajo la luz ambarina de las velas, su rostro sudoroso parecía resplandeciente. ¿Acaso había vuelto a tener fiebre? Días atrás, habían llegado al monasterio de Guadalupe temiendo por su vida a causa de la fiebre y, cuando al fin le había bajado, le habían dado gracias a Dios.

Se mordió una uña, observando la puerta que conducía a la antecámara en la que dormía la sirvienta morisca. Ligera de pies, la chica podría ir a buscar a don Alcaraz y llevarlo ante ellas en apenas un momento. «¿No sería mandar llamar al médico de Catalina la decisión más sabia?».

Todavía mordiéndose la uña, volvió a estudiar a la princesa. En su interior, escuchó las palabras de La Latina, su querida maestra: «Atiendo a la reina Isabel cuando está enferma. Os he enseñado a hacer lo mismo por su hija». Pero, en momentos como aquel, daba traspiés por culpa de la desconfianza en sí misma y maldecía sus pocas habilidades que, por dentro, hacían que se sintiera insegura y sin saber qué hacer. «Me faltan meses para cumplir dieciséis años, ¿cómo se supone que voy a saber nada?».

Se bajó de la cama y encendió las tres velas altas que había cerca. «La luz me ayudará a decidir si debo mandar que llamen a don Alcaraz». Con el cuerpo cubierto tan solo por un camisón fino, tembló a causa del frío de la noche y se apresuró a volver a meterse en la cama. Tiró hacia arriba de la manta, cubriendo también a Catalina. Apoyada contra el duro cabecero, se rodeó las rodillas con los brazos, esperando a que su amiga hablase. Los ojos grandes y brillantes de la princesa parpadearon ante la luz de las velas. Cambiando de postura, María apoyó la cabeza en la de la princesa.

—Contádmelo —insistió de nuevo—; habladme de vuestro sueño.

—Ha sido horrible —dijo ella—. Un hombre suplicaba clemencia. Dios bendito, quería vivir, no morir, pero los hombres que allí había le estaban colocando la cabeza sobre un bloque. —Se cubrió el rostro con las manos—. El verdugo le golpeaba con el hacha y alzaba la cabeza, que gotteaba sangre. El hombre seguía suplicando clemencia. —Bajó las manos, soltando un sollozo.

La luz de las velas parpadeó ante una corriente repentina, lo que hizo que las sombras oscuras de la noche se movieran en una danza extraña. María volvió a salir de la cama, llenó una copa de vino aguado y se la tendió a la princesa.

—¡Bebed!

Hizo que su voz aguda sonase lo más grave posible, imitando a Catalina. Ella intentó sonreír, pero fue una sonrisa breve.

—He tenido este mismo sueño otras veces. Sin embargo, en esta ocasión... yo estaba allí, en el patíbulo, observando cómo ocurría. —Dio un trago de la copa y cerró los ojos antes de volver a hablar—. La forma en que moría, el lugar... Nunca he visto algo así, pero debo de recordarlo de las lecciones de La Latina, pues fue ella quien me contó que los ingleses decapitan a los nobles traidores. —Se volvió hacia María—. Moría en un patíbulo lleno de paja y cubierto de pétalos de rosas. Eran innumerables pétalos de rosas blancas cubiertos de sangre. —La agarró del brazo—. ¿No lo veis? ¡He soñado con la muerte de Warwick, la rosa blanca!<sup>1</sup>

María se estremeció, no por el frío, sino por el miedo. Sintió el roce de un dedo helado, como si fuese el dedo de un fantasma. ¿Sería cierto? ¿Acaso el fantasma de Warwick estaba atormentando a Catalina?

Todavía no hacía dos años, habían ejecutado al conde de Warwick en la Torre de Londres por intentar escapar de su cautiverio. Con un remordimiento sin fin, Catalina no podía olvidar al muchacho que, en realidad, con su muerte había despejado el camino para su matrimonio con Arturo Tudor. Los Reyes Católicos le habían dejado claro a su embajador en Inglaterra que no enviarían a su hija hasta que Warwick, que para muchos tenía más derecho a sentarse en el trono que el rey Enrique, estuviese muerto. Muerto y enterrado.

Sacudió la cabeza. «Soy una tonta por pensar en estas cosas».

—No es más que una pesadilla —dijo, tanto para calmarse a sí misma como a la princesa.

---

1 N. de la Ed.: Se refiere a Eduardo Plantagenet, conde de Warwick (1475-1499). Era hijo de Jorge Plantagenet, hermano del rey Eduardo IV y, por tanto, tenía derechos al trono inglés tanto durante el reinado de su tío Ricardo III como durante el de Enrique VII. En la época se creía que este joven, ejecutado a los veinticuatro años tras haber pasado catorce encarcelado, había sido ejecutado por presiones de los Reyes Católicos antes de que su hija Catalina contrajera matrimonio con Arturo Tudor y que a ella siempre le pesó. Con su muerte, la línea masculina de la Casa de Plantagenet se extinguió.

Tras estrechar brevemente la mano de Catalina, volvió a salir de la cama y encendió todas las velas que pudo encontrar. Aquella pesadilla de su amiga había acabado con cualquier esperanza de dormir aquella noche.



*Mi querida doña Latina:*

*Nos encontramos en el monasterio de Guadalupe, lugar sagrado de la Virgen negra. Cuando llegamos, la princesa estaba enferma. Alabado sea Dios, ahora está dejando de ser la chica enferma que trajimos hasta aquí apenas hace unos días. En esos momentos, eché mucho en falta vuestra sabiduría.*

*La flota real del rey Fernando espera la llegada de la princesa en La Coruña. Un día lento sucede a otro día lento. Los días, como caracoles, se arrastran hasta convertirse en semanas, que se convierten en meses. Cada día nos acerca más al momento en que tendremos que abandonar nuestra tierra. En realidad, me siento agradecida por el transcurrir lento de los días. Temo el viaje que nos espera. Comparto el miedo de cruzar el mar con muchos de los miembros de nuestra comitiva...*

Con la pluma seca, María la dejó y se mordió una uña. «¿Debería escribir sobre mis preocupaciones con respecto al obispo Geraldini?». Menos de una hora antes, había acudido a la alcoba y había escuchado sus confesiones antes de marcharse para escuchar las de sus acompañantes. Catalina se sintió complacida al saber que su madre había escogido a aquel hombre, que había sido su tutor durante años, para que fuese su confesor en Inglaterra. María no lo tenía tan claro. La Latina había sido su única maestra y no tenía la lealtad dividida. Aquellas largas semanas habían hecho que se sintiera aliviada, pues aquel hombre orgulloso, pomposo y pedante no había sido su maestro. A sus ojos, no era más que un tipo aburrido, tedioso y arrogante que carecía de la mayoría de los dones de La Latina.

Vestida con una túnica amplia, Catalina estaba sentada a poca distancia, cerca de las puertas abiertas que daban al jardín. La luz de la mañana se colaba en la alcoba solitaria como si de unos dedos extendidos se tratara. Dentro de los haces de luz, una miríada de motas de polvo

resplandecían y danzaban como si unas estrellas diminutas girasen descontroladas en un cosmos polvoriento. Fuera, el cielo del alba se había aclarado hasta teñirse de un azul libre de nubes.

Catalina mostraba todos los signos de haber pasado una noche carente de sueño. Tenía ojeras y la cabeza se le caía sobre el pequeño libro de horas que sujetaba sobre el regazo. Aquel había sido un regalo de despedida de la reina Isabel y, con un colorido parecido al de las joyas, ilustraba diferentes episodios de la vida de la Virgen. En aquel momento, la princesa no parecía prestar atención al libro, que seguía abierto por su página favorita, la que mostraba la escena de la Anunciación.

—«*Magnificat anima mea Dominum*»; alaba mi alma al Señor, mi Salvador.

Catalina declamó con suavidad la respuesta que la buena Virgen le había dado al arcángel Gabriel cuando este le había anunciado que Dios la había escogido como el cuerpo puro que daría a luz a su hijo. Sus palabras también podrían haber sido una exhalación o un suspiro. Con lentitud, la princesa trazó el contorno del arcángel Gabriel que, con las alas iluminadas por el sol dobladas a la espalda, se alzaba frente a María, arrodillada, que, siendo una muchacha no mucho mayor que Catalina, parecía alarmada y temerosa.

María hizo una mueca. ¿Acaso era de extrañar que la chica de la pintura pareciese asustada? Acababan de informarle de su inminente y virginal maternidad.

—He aquí la sierva de mis padres.

De nuevo, Catalina volvió a hablar en voz baja, con la cabeza inclinada. Desde la cuna, las hijas de la reina Isabel habían aprendido a cumplir con sus obligaciones. Sin embargo, eso no significaba que su amiga y princesa no estuviese ansiosa por su casamiento, que se acercaba rápidamente. Suspirando, María deseó saber qué decir para ayudarla.

Catalina cerró el libro y se levantó del asiento. Con el rostro contraído en pensamiento, colocó el tomo en un soporte que había junto a la ventana abierta y, después, se dirigió a la entrada del jardín, que dibujaba un arco con columnas.

María se levantó del escritorio de la alcoba y atravesó la puerta. Los sonidos de la naturaleza formaban un coro. El agua que borboteaba en las fuentes se derramaba sobre una alberca larga y rectangular. Refunfuñando, los pájaros sedientos se zambullían en el agua para un primer sorbo

matutino antes de ponerse a chapotear y nadar. Los arcos de piedra se abrían a amplios caminos en los que la luz del sol se mezclaba con las sombras. Una brisa suave arrastraba un caudal de perfumes procedentes de los restos de un jardín morisco muy bien cuidado. Sin embargo, ya no era morisco; aquel jardín pertenecía a la reina de Castilla.<sup>2</sup>

Como en muchos de los jardines que María había conocido y amado a lo largo de su vida, la rosa ocupaba el lugar principal como reina, por lo que sobrepasaba en número al resto de flores que allí crecían. Los colores de las rosas creaban un tapiz bordado de vida que poseía todas las tonalidades imaginables. Una de ellas era tan oscura que le recordó al terciopelo negro.

Cerca del límite del jardín cerrado, un rosal carmesí repleto de capullos crecía en un tiesto de cerámica. Descalza, Catalina se acercó con pasos suaves hasta él. Sacando la pequeña daga de la funda de cuero que colgaba de la cintura de su túnica, cortó un tallo y se llevó a la nariz el capullo que se estaba abriendo. El placer le iluminó el rostro hermoso, ahuyentando las arrugas causadas por la enfermedad y la preocupación. Cerró los ojos y las pestañas largas y espesas le dibujaron medias lunas sobre las mejillas.

Aliviada al ver que ya no estaba abatida, María se dirigió a otro tiesto de cerámica y rozó los pétalos sedosos de una rosa que había florecido del todo. Para su consternación, la belleza de la flor se deshizo, pues los pétalos se desprendieron y se cayeron uno a uno.

*Venid a mi jardín y arrancad las rosas  
cuyo perfume es como mirra pura.  
Junto a las flores y las aves dichosas  
que cantan sobre los buenos tiempos  
bebed tanto como lágrimas derramé  
por los amigos perdidos  
de este vino que tiene el color  
del rostro ruborizado de los amantes.*

---

2 N. de la Ed.: Catalina de Aragón partió desde el puerto de La Coruña hacia Inglaterra en 1501. De hecho, la conversión de los musulmanes por ley se produjo en 1502. Estos conversos fueron conocidos como «moriscos». Muchos iniciaron ya su conversión con anterioridad. La conquista de Granada, último bastión musulmán de la Península, se había producido diez años antes, en 1492, y supuso una gran victoria para la cristiandad de la época.

María se repitió a sí misma las palabras de su ancestro de hace tiempo, Samuel Ibn Nagrela.<sup>3</sup> Al igual que su madre, había memorizado muchos de sus poemas. Había sido un príncipe y un guerrero poderoso, así como un poeta, y a ella poco le importaba que hubiese sido judío. Estaba orgullosa de su linaje. Mientras que Catalina había aprendido de la reina, su regia madre, a contemplar a los judíos con desconfianza, ella había aprendido de su madre y de La Latina, a respetar a todos aquellos que lo merecían.

El poema de su ancestro le recordó al que ella misma había escrito durante el último verano que había pasado en la Alhambra, un día que había estado a solas, sentada entre las rosas. Como en aquel momento, la mañana temprana había esparcido su magia sobre el jardín y una brisa susurrante había reunido los pétalos de rosa en lo que parecía un remolino que se hacía eco del dolor que sentía por abandonar a su madre.

Regresando a la entrada de la alcoba de Catalina, tomó su vihuela y se sentó en el banco de piedra. «¿Puedo convertir mi poema en una canción?». Rasgó una serie de notas interrumpidas. Como no deseaba que la princesa la escuchase, cantó en voz baja:

*Roja como la sangre,  
una rosa arranqué.  
Sentí su belleza de cerca  
y en las espinas no pensé.*

El crujido de la maleza hizo que detuviera los dedos sobre el instrumento y que volviera a dirigir los ojos al jardín. Catalina paseaba junto a la alberca. El viento y el sol jugaban a un juego alegre, que moteaba el agua de sombras y brillos mientras la luz del sol se abría paso a través de las hojas de los altos árboles y las sombras se deslizaban por las baldosas del suelo. La brisa levantaba largos mechones del cabello suelto de la princesa y el sol matutino, que aún estaba bajo, hacía que su pelo rojizo pareciese en llamas. «Sí, el jardín es una joya, pero también lo es Catalina, pues es la joya de su madre». María hizo una mueca, pues no quería llevar aquel pensamiento más lejos. «No es cierto; la reina no considera a su hija una posesión que pueda ser comprada o vendida».

---

3 N. de la Ed.: Samuel Ibn Nagrela (993-1055). Poeta y filósofo sefardí que vivió en Al-Ándalus. Llegó a ser visir de la taifa de Granada.

Las sombras de los árboles del jardín vacilaron y, después, cedieron. Como innumerables veces desde que había cumplido los cinco años, María esperó en las sombras. Había sido la compañera de Catalina el tiempo suficiente como para saber cuándo hablar o cuándo permanecer en silencio. Satisfecha con su propia compañía y con tener tiempo para leer o escribir, nunca le había importado que la princesa deseara cierta soledad. Estaba segura de su amistad.

Volvió la vista hacia la puerta cerrada de la alcoba. Podía imaginar al otro lado de la puerta a Inés, la preciosa hija de quince años de la antigua niñera de Catalina, María de Rojas, que era la más hermosa de las damas de la princesa, y a Francisca, que tenía el pelo oscuro, era vivaracha y tenía hoyuelos. Sabía que a las tres muchachas les molestaba que estuviese allí, a solas con su amiga. María se encogió de hombros. Catalina la consideraba una hermana y solo el tiempo haría posible que sintiese lo mismo por las otras chicas.

La princesa se acercó y se sentó junto a ella en el banco.

—¿Creéis que le gustaré? —le preguntó, sujetando en la mano un pergamino muy arrugado.

Antes de que su amiga cerrase la carta y la deslizara al bolsillo profundo de su túnica, María pudo leer las primeras líneas y reconoció que era la carta que Arturo le había enviado tres años atrás.

*Ilustrísima y excelentísima señora, queridísima esposa:*

*Con mis mayores elogios, os deseo mucha salud.*

*He leído las cartas tan dulces de su alteza que me han sido entregadas últimamente, en las cuales he percibido con facilidad el gran amor que sentís por mí.*

María le pasó un brazo por los hombros.

—¿Os he dicho alguna vez que os preocupáis demasiado?

La princesa se rio.

—Muchas veces. Pero ¿no estaríais preocupada también si fuerais a casa-ros con alguien a quien nunca habéis visto?

Inspiró hondo y poco a poco, y luego espiró.

—Por supuesto. —Juntó las manos—. ¿Alguna vez le preguntasteis a La Latina por qué nos daba para leer todos aquellos libros de Filosofía?

Catalina alzó una ceja inquisitiva.

—No, pero vuestra pregunta me hace pensar que vos sí lo hicisteis.

Cambiando un poco de postura sobre el banco incómodo, María miró en torno al jardín, ordenando sus pensamientos.

—En estos últimos años, he pasado más tiempo con ella que vos. —Serio un poco—. No envidiaba vuestras lecciones con el obispo.

—Sois injusta con él; es un profesor excelente.

María se encogió de hombros.

—La Latina también lo es y, cuando la mala salud obligó a mi madre a dejar la corte, se convirtió en una segunda madre para mí.

—También fue así para mí. Pero aún no me habéis dicho por qué quería que leyéramos libros de Filosofía.

—Pensaba que era importante. —María sonrió a Catalina—. Jamás pensé que fuese a disfrutar de aprender cosas por el mero hecho de adquirir conocimiento, pero ahora sí lo hago. —Sacudió la cabeza, pensando en cómo los años la habían cambiado—. No soy estudiante por naturaleza como vos. —Soltó una risita—. Siempre estaba preguntándole a La Latina por qué tenía que aprender esto o aquello.

La princesa le tocó la mano.

—Lo recuerdo. Pero no me habéis explicado por qué doña Latina<sup>4</sup> pasaba tanto tiempo enseñándonos Filosofía.

María la contempló.

—Me dijo que nos ayudaría a prepararnos para la vida. Decía que la vida nunca era fácil, pero que mientras siguiéramos aprendiendo quiénes somos, la viviríamos tal como se supone que deberíamos vivirla. También me dijo que nadie puede arrebatarnos nuestra vida interna. Saberlo me ayuda a no preocuparme demasiado. Sea lo que sea que la vida ponga en mi camino, lo enfrentaré cuando llegue.

Un golpe energético y agudo resonó en el jardín, seguido por el ruido de la puerta de la habitación al abrirse. Doña Elvira se acercó hasta ellas con grandes zancadas. Sus pasos pesados indicaban su estado de ánimo.

---

4 N. de la Ed.: Beatriz Galindo, «La Latina», fue una mujer extraordinariamente culta para su tiempo. Proveniente de una familia acomodada venida a menos, a los quince años era capaz de hablar latín con fluidez, algo fundamental en la época, pues era la lengua franca, como pueda serlo ahora el inglés. Llamó la atención de la reina Isabel la Católica, que no hablaba bien latín, pues no había nacido heredera y no había sido educada para ser reina. También enseñó esta lengua a las hijas de la reina Católica.

Hizo una reverencia ante Catalina.

—Princesa, ¿por qué estáis fuera de la cama? Debéis descansar antes de que comencemos nuestro viaje una vez más. Doña María debería saber que no debe permitir os vestiros y cansaros en demasía. —Volvió los ojos hacia María—. Y vos... Vos no deberíais estar junto a la princesa; siempre os olvidáis de cuál es vuestra posición y os tomáis demasiadas libertades.

Catalina miró a María y, después, otra vez a doña Elvira.

—Mi señora, he sido yo la que se ha sentado junto a María, no al revés. En estas habitaciones privadas, la trato como si fuera mi hermana. Por favor, recordadlo. —Se movió hacia la parte frontal del banco, como si estuviera lista para ponerse de pie—. Os agradezco vuestra preocupación, mi señora, pero ya no estoy enferma. De hecho, hoy me gustaría presentarle mis respetos a la Virgen.

Doña Elvira frunció el ceño.

—Alteza, creo que eso sería una imprudencia. Debéis regresar a la cama.

«Debéis». Había usado aquella palabra dos veces. María estuvo a punto de frotarse las manos a la espera de la respuesta de la princesa.

—Doña Elvira, os estáis dejando llevar —dijo en voz baja, con los ojos encapotados.

La mujer no comprendió la indirecta y puso las manos en jarras.

—Mi princesa, estáis a mi cargo. No puedo permitir que lleguéis a Inglaterra tan enferma como para que no podáis casaros. Enviaré a vuestra sirvienta a que vuelva a hacer la cama, y regresaréis a ella.

María miró a la mujer con incredulidad. Doña Elvira amedrentaba a todas las damas de Catalina pero, generalmente, evitaba hacer lo mismo con la princesa. Estaba segura de que la conocía lo suficiente como para saber que su aspecto en apariencia amable ocultaba una cabeza muy dura. Casi sintió pena por la mujer. La enfermedad de Catalina debía de haberla asustado tanto que ya no podía morderse la lengua.

La princesa alzó la barbilla.

—No volveré a repetirlo, doña Elvira. No podéis prohibirme rezar en la iglesia. Debéis saber que este lugar es importante para mi familia y para todos los cristianos. Hace cien años, mi antepasado, el rey Alfonso, celebró aquí la victoria contra los moros. Creía que había sido gracias a la intercesión de la Virgen negra. Es justo que, ahora, yo también muestre mis respetos. Ahora, dejadme.

—Pero... —espetó la mujer mayor.

Catalina se puso en pie con los ojos iluminados por la ira.

—Os he dicho que me dejéis. Y no regreséis hasta que os lo ordene. Hoy no deseo volver a veros.

Como si culpase a María del enfado de la princesa, le dirigió una mirada de pura maldad antes de retroceder hacia la puerta. Ella suspiró para sí. La mujer llevaba años odiándola, molesta por la influencia que tenía sobre su señora y que deseaba para sí misma.

Catalina volvió a sentarse y sacudió la cabeza.

—Ojalá mi madre me hubiese escuchado y no hubiese decidido enviar a doña Elvira a Inglaterra con nosotras. Siempre desea tener el control. —Los ojos se le abrieron de par en par. Con la mirada fija detrás de María, su rostro, atravesado por el pánico, perdió todo el color—. ¡Vos! ¿Por qué me acosáis?

María se mordió el labio inferior. Tomó a Catalina del brazo y miró en torno al jardín.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que veis?

La princesa susurró.

—A Warwick. Debe de ser él. He visto su sombra, la del hombre que se me aparece en sueños.

Perturbada, María se santiguó. Las semanas de viaje habían reavivado las ascuas imperecederas del dolor y la pena. Desde que Catalina había cumplido doce años, una muerte había sucedido a otra. Primero había sido su abuela, después su hermano Juan, seguido por su hermana mayor, Isabel, y, finalmente, el hijo pequeño de esta. Pero no eran solo las muertes familiares las que le causaban un profundo sufrimiento. No era capaz de olvidar a Warwick y cómo había encontrado la muerte.

Se habían criado juntas, como hermanas, así que cada una de las muertes también la había destrozado. Su propio padre<sup>5</sup> había muerto poco después del pequeño príncipe. Pestañeó, recordando a su padre marchando a caballo hacia su última batalla junto al marido de la Latina, Francisco Ramírez. Ambos habían dado la vuelta a sus caballos para unirse al rey y se habían girado para decirles adiós con la mano. Entonces, su padre se había

---

5 N. de la Ed.: El padre de María de Salinas fue Martín de Salinas, fallecido en 1503, tres años después que Miguel de la Paz (1499-1500), el pequeño príncipe al que se hace referencia, hijo de Isabel de Aragón (que murió en el parto) y Manuel I de Portugal.

marchado al galope, alejándose de su vida hacia las brumas del tiempo y el recuerdo. Estrechó la mano de su amiga.



*Mi querida doña Latina:*

*Me he grabado en el corazón todos los lugares de nuestro viaje: Córdoba, Mérida, Cáceres y Palencia. Pronto, haré lo mismo con Salamanca y Santiago de Compostela. Demasiadas despedidas y la última será la más dura de todas.*

*Con un peligroso viaje por mar acercándose rápidamente, todos estamos ansiosos por llegar a Santiago de Compostela donde rezaremos para pedir la bendición de Santiago apóstol. Ya debéis de saber que nuestra noble reina concedió a nuestra comitiva el permiso para viajar como peregrinos y sacar provecho del año jubilar convocado por el Papa. El obispo Geraldini nos dice que eso significa que, cuando muramos, no pasaremos tiempo en el limbo.*

*Me alegra deciros que mi princesa vuelve a estar bien del todo. No aceptó discusiones e insistió en que nos desviáramos hasta el monasterio de Santo Tomás en Ávila, a pesar de que eso significaba añadir días adicionales al viaje.*

Los demás no se mostraron complacidos cuando Catalina les dijo que se quedasen fuera del claustro del Silencio y que esperasen su regreso. María siguió a Catalina hasta la capilla. Dio un paso adelante con cuidado mientras su vista se acostumbraba a la oscuridad del interior. Alzó los ojos hacia el alto techo. La intrincada bóveda de crucería que había muy arriba, sobre su cabeza, pertenecía más a una catedral que a un monasterio, incluso aunque fuese uno dotado generosamente por el patrocinio de la realeza. La abundancia de velas que había en cada rincón del edificio, así como la luz que entraba por las ventanas altas, apenas cambiaban la atmósfera opresiva y deprimente.

La visión del coro fue como una flecha atravesándole el corazón. Detrás del altar, se podía ver la tumba de alabastro blanco del príncipe Juan. Los recuerdos la asaltaron, amenazando con destrozarse su determinación

de no llorar. Se rodeó con fuerza el cuerpo con los brazos. «Controlaos. Habéis pedido venir porque no queríais que Catalina se enfrentase a este momento sola». Recogiéndose las faldas, se apresuró a recorrer el pasillo para unirse a la princesa en la tumba de Juan. Se le cerró la garganta. El escultor había hecho un buen trabajo. Ante ella, el príncipe parecía acostado, dormido como un angelito, tal como lo había llamado su madre en vida. Ahora, era un ángel en la muerte.

Desde que había sido una niña pequeña, él le había robado el corazón. Había sido un niño dulce y cariñoso, que se había convertido en un joven de corazón y alma nobles. Reconociendo su talento para la música, la había tomado bajo su ala y había pasado horas enseñándole a tocar la vihuela y guiándola para que compusiera su primera canción. Con doce años, había empezado a soñar con él de formas que le hacían sentirse intranquila, confundida y apenada al enterarse de su matrimonio. Durante semanas, había librado una dura batalla para superar los celos que tenía de Margarita de Austria, su esposa. Sin embargo, Margarita había hecho feliz a Juan durante los últimos meses de su vida; tan feliz que, pronto, ella misma había visto aliviada su propia infelicidad.

Al contemplar el pasado, aquella María de doce años le parecía una tonta por haber soñado siquiera que él la miraría y la convertiría en su esposa. Sin embargo, no había sido una tonta por amar a Juan, eso nunca. Todos los que lo habían conocido lo amaban. Cuando había muerto, María había deseado hacer lo mismo que su perro, *Bruto*, que se había tumbado a los pies del féretro, aullando con pesar.

Se arrodilló junto a Catalina, deseando aullar una vez más. La princesa tocó la tumba de su hermano.

—Sé que está con Dios y que está en paz, pero todavía sigo buscándole y deseando escuchar de nuevo su voz —murmuró.

María colocó la mano junto a la de su amiga. No había nada que pudiera decir. Cuando se acercó a la efigie, la piedra fría le hizo daño, puesto que él estaba fuera de su alcance. Suspiró. Siempre había estado fuera de su alcance.

—Tan solo vamos a pasar aquí una noche y, después, continuaremos el viaje. Nunca volveré a visitar la tumba de Juan —dijo Catalina.

Con la cabeza gacha, María tampoco tuvo nada que decir con respecto a eso. No era más que la verdad. Juntó las manos frente a ella e intentó

rezar. Sin embargo, no podía apartar los ojos de la efigie de Juan, incapaz de dejar de pensar en la muerte, las despedidas y en todas las promesas que se convertían en polvo y gusanos.

Al día siguiente irían a Salamanca antes de partir hacia Zamora, donde volverían a unirse al camino de peregrinaje hacia Santiago de Compostela. Pasó los dedos por una de las figuras sagradas talladas en la tumba, suaves y pulidas. Se miró los dedos. Hubiera sido más adecuado que la piedra se los hubiera hecho trizas, pues eso era lo que la muerte de Juan le había hecho a su corazón.

Removiéndose sobre las rodillas, dejó caer las manos sobre el regazo. Faltaban seis semanas o más para que llegasen a la catedral de Santiago. Pasarían unos pocos días allí y, entonces, comenzarían la última etapa de su viaje. Con cada nuevo día, La Coruña estaba más cerca.



Al fin llegaron al río Lavacolla. Mientras bajaba a la orilla con las demás mujeres, María echó la vista atrás, hacia los densos matorrales y los altos árboles. Ocultos tras ellos, los hombres esperaban su turno para seguir aquellos rituales centenarios. Vestidas tan solo con la ropa interior, las mujeres acompañaron a Catalina a bañarse.

Las jóvenes se abalanzaron juntas hacia el río y, cuando sus cuerpos cálidos entraron en contacto con el agua fría, sus gritos compitieron con el ruido que levantaban los chapoteos. Pronto, todas las muchachas volvieron a parecer niñas mientras se reían y se perseguían las unas a las otras en el agua que casi les llegaba hasta los hombros.

Al cabo de poco tiempo, doña Elvira, con el ceño fruncido ante el comportamiento de las chicas, anunció su intención de marcharse, claramente esperando que Catalina y las demás jóvenes siguieran su ejemplo. Sin embargo, la princesa se limitó a hacerle un gesto con la mano tanto para despacharla como a modo de despedida. María estuvo a punto de estallar en carcajadas ante el gesto furioso de la mujer.

Quitándose de la piel los largos días de viaje, se arrodilló, sumergiendo la cabeza en el agua y, después, volvió a levantarse. Se le clavaron los pequeños guijarros que emergían de la superficie del río. Extendió los brazos frente a ella, abriendo y cerrando las manos en el agua. Cuando bajaron al río, el sol de la mañana palidecía de timidez. En aquel momento, en

torno a ellas soplaba un viento cálido y los rayos de sol se colaban a través de los árboles y los arbustos, posando sobre todo una inquietante red de luz verdosa.

Cerca de ella, Francisca, que estaba justo al lado de Inés, estalló en carcajadas. Como despertando de un trance, Catalina se volvió un poco hacia ella.

—¿Qué ocurre?

La muchacha se sonrojó, echando un vistazo a doña Elvira que, en aquel momento, estaba demasiado lejos como para escucharlas.

—Perdonadme, estaba pensando en cómo llaman algunos al río.

María se rio.

—«Lavacolla» es un buen nombre, y no podéis decir que no estemos haciendo lo propio.<sup>6</sup> —María volvió a reírse—. Solo que usamos otras palabras en latín para referirnos a nuestras partes femeninas. —Miró a Catalina, sabiendo que estaría de acuerdo—. Cuando estemos a solas como ahora, deberíamos llamar a las cosas por su nombre: al pan, pan, y al «higo, higo».

Catalina se colocó la trenza gruesa sobre el hombro. La luz del sol le caía sobre los mechones sueltos, volviéndolos de un tono dorado. Tomando un paño húmedo de la otra María, María de Rojas,<sup>7</sup> se frotó la nuca.

—No debe avergonzarnos el hecho de que nos aseemos antes de continuar el viaje hasta la catedral. En realidad, tan solo estamos haciendo lo que todos los peregrinos han hecho desde que Santiago se convirtió en lugar de peregrinación.

María de Rojas se agachó más en el agua y su camisón se abombó a su alrededor como una flor al abrirse. Alzando el rostro hacia la luz verdosa, hizo girar el agua con una mano y después con la otra.

—Ya sea cosa del peregrinaje o no, me siento agradecida por la oportunidad de bañarme. —Soltó una risita—. Ni siquiera el aceite perfumado de jazmín que la reina le regaló a la princesa ocultaba ya la necesidad de que nos diéramos un buen baño.

---

6 N. de la Ed.: En sentido estricto «Lava colla» hace referencia al lavado de los genitales que los peregrinos del Camino de Santiago realizaban en el río antes de entrar en Santiago de Compostela.

7 N. de la Ed.: María de Rojas fue una de las damas de Catalina de Aragón. Iba a ser prometida a un noble inglés pero, ante la falta de dinero, acabó casándose con Íñigo, el hijo de doña Elvira, que de facto se entrometió en este y otros matrimonios de las damas de la reina.

María miró a la muchacha. Siendo otra pariente cercana de Catalina, no solo compartía con ella el color del cabello, sino que también tenía los ojos de un color azul claro similar, la piel pálida y un rostro ovalado perfecto.

Miró hacia abajo, a su propio reflejo, y se mordió el labio inferior. El rey inglés le había pedido a la reina Isabel que tan solo escogiese mujeres hermosas para servir a su hija en Inglaterra. No es que la reina lo hubiese hecho así solo porque él lo hubiese pedido, pero, en el séquito de Catalina, no había mujeres feas. Examinó su imagen en el agua danzarina. Pómulos altos, ojos grandes y oscuros, labios carnosos, un rostro ovalado como el de la otra María, pero con el pelo tan oscuro que resplandecía con reflejos azulados. «¿De verdad soy hermosa? Eso me dicen. ¡Tonta! La belleza del cuerpo desaparece con el paso del tiempo y pueden arrebatárosla en un suspiro. —Golpeó el agua con la mano y su reflejo desapareció—. La belleza no importa. Lo que importa es servir a Catalina con lealtad durante el resto de mi vida».

La princesa la miró divertida antes de acercarse vadeando hasta María de Rojas. Tomó la mano de su otra pariente.

—He estado pensando...

María se rio, lanzando agua en su dirección.

—Creedme, la princesa siempre está pensando.

La aludida se rio y las otras chicas la imitaron. Su amiga sonrió.

—Estoy pensando en el problema de tener a mi servicio a dos familiares con el mismo nombre. —Miró a María de Rojas—. A la reina, mi madre, siempre le han gustado los apodos. ¿Alguna vez os dio uno?

La muchacha se rio y se sonrojó un poco.

—Sí. Nuestra amada reina, vuestra madre, me llamaba «Bella».

Catalina sonrió.

—Va bien con vos. ¿Os importaría que os llamásemos Bella?

María de Rojas le devolvió la sonrisa, asintiendo.

—Si eso es lo que queréis, me complacerá que me llaméis así. Me recordará a la reina Isabel, vuestra querida madre y mi noble reina.

Mientras las observaba, María volvió a remover el agua, disfrutando el frescor del río mientras el calor del día aumentaba. La dulzura embriagadora de su propia juventud se le filtró a lo profundo del corazón y del alma. Estaba contenta. Contenta de estar con Catalina y las otras muchachas. La princesa también parecía contenta, habiendo olvidado todas

las preocupaciones sobre su futura boda. También parecía desear entablar amistad con el resto de sus acompañantes. «¿Puedo lograr que hable abiertamente con las demás chicas para que la conozcan mejor?».

—Princesa —dijo—, ¿os hace feliz casaros con el príncipe Arturo?

Catalina se volvió hacia ella con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Si me hace feliz? —Inhaló y dejó escapar un largo suspiro—. Estoy feliz de que mi matrimonio vaya a reforzar la posición de mis padres frente a los franceses y vaya a disminuir la posibilidad de que Castilla y Aragón entren en guerra.

—Pero ¿qué me decís del príncipe? ¿Estáis contenta de casaros con él?

La princesa pestañeó y ladeó la cabeza, mirándola de forma inquisitiva.

—Hoy me hacéis preguntas extrañas, querida prima.

A pesar del calor, María sintió frío cuando Francisca le lanzó una mirada de envidia. A menudo, las demás chicas se mostraban resentidas por lo unida que estaba con Catalina. Forzó una carcajada y trató de entablar una conversación que incluyese a las demás.

—Estaba soñando despierta con cómo sería estar casada con un inglés.

—Volvió a reírse—. Los franceses dicen que tienen cola.

Todas las jóvenes se rieron y el momento de incomodidad desapareció.

—Y nosotros decimos que son los franceses los que la tienen —dijo Inés. Con la mirada baja, se movió de lado a lado en el agua.

Catalina soltó una risita.

—Desde luego, eso es más probable que en el caso de los ingleses. Todos los ingleses a los que he conocido han sido agradables. —Miró en torno a las muchachas—. Ninguna de vosotras debe sentir que tiene que encontrar un lord inglés con el que casarse. Podéis regresar a casa si Inglaterra no os gusta. —La princesa se quedó quieta, con el rostro serio. Después, se encogió de hombros—. En mi caso, no es una opción que tenga al alcance.

Preocupada de nuevo por la conversación, María la dirigió hacia un asunto más liviano.

—Me case con quien me case, quiero al menos una docena de hijos.

—Se rio—. Mi abuela tuvo veinte que llegaron a ser adultos, pero se casó con catorce años. Yo ya tengo casi dos años más que ella y todavía no estoy casada.

—¿Veinte? Eso parece demasiado para cualquier mujer —dijo Bella—. ¿Podéis imaginar dar a luz a veinte niños?

—No quiero imaginarlo —comentó Francisca, encogiéndose de hombros—. No estoy muy segura de querer tener hijos.

Catalina se volvió hacia ella, con el rostro iluminado por el interés.

—¿Habéis planeado entrar en una orden religiosa, Francisca? —bromeó.

La joven se rio.

—Yo no. —Volvió a reírse—. Los hombres me gustan demasiado.

Bella se acercó un poco más a ellas, peinándose el cabello largo y mojado con los dedos.

—¿Alguna tiene miedo de...?

—¿Miedo de qué? —le preguntó la princesa.

—Miedo de lo que ocurre entre un hombre y una mujer. —Entrecerró los ojos y se estremeció visiblemente—. Madre me dijo...

Miró a Catalina y se mordió el labio inferior. Ella le tomó de la mano.

—¿Qué os dijo vuestra madre?

Bella se sonrojó e inclinó la cabeza.

—Que es como un cuchillo —susurró.

La princesa soltó a la muchacha y, por un instante, se cubrió la boca con una mano antes de empezar a reír.

—Mi madre me dijo algo diferente. —Se sumergió un poco más en el agua. María observó cómo hacia girar el agua que tenía a ambos lados formando lo que parecían espirales sin fin—. Me dijo que es una de las cosas más dulces del matrimonio. —Sonrió—. Mi hermano y su esposa también pensaban lo mismo. —Alzó la vista hacia María—. ¿Os acordáis?

—Sí, lo recuerdo —contestó. El corazón le sangró con otros recuerdos; recuerdos de envidia cada vez que Juan besaba a su esposa. Tragó saliva y se volvió hacia Bella—. Mi hermana me contó que la primera vez sí le resultó doloroso, pero que llegó a gustarle. Mucho. —Se rio y buscó los ojos de Catalina—. La Latina, nuestra maestra, nos dijo que no es algo que haya que temer, siempre que la mujer esté dispuesta y no sea forzada por el hombre. —Sonrió—. También me dijo que muchos hombres creen que una mujer solo puede concebir un hijo si disfruta del acto. —Se rio—. Ella me dijo que no era cierto, pero que, si los hombres creen que lo es, entonces es más probable que le den placer a sus esposas. No me quiso decir qué quería decir con eso; me dijo que, si quería saber más, tenía dos opciones: casarme o buscar libros que me lo explicasen.

Bella volvió a sonrojarse y agachó la cabeza.

—¿Estamos pecando por hablar de tales asuntos?

Catalina se encogió de hombros. Se echó hacia atrás sobre el agua para flotar, pestañeando ante la luz del sol.

—¿De qué otra manera íbamos a prepararnos para el matrimonio si no hablamos de ello? Tal como ha dicho María antes, cuando estemos solas como ahora, llamemos al «higo, higo». Ya tenemos bastantes cosas a las que enfrentarnos como para tener que andarnos con rodeos para decirnos la verdad, aunque solo sea para que el viaje que tenemos por delante nos resulte más fácil.



Después de que los hombres se hubieran bañado en el río, toda la comitiva prosiguió hasta el monte do Gozo. Algunos de ellos se apartaron del grupo y se apresuraron para llegar a la cima. El primer hombre que la alcanzó gritó: «¡Qué alegría!».

María también quería correr, pero eso también le estaba prohibido. Se volvió hacia las demás muchachas. «¿También ellas le observan con pena?». Dejó escapar un largo suspiro. Había demasiadas libertades que a ellas les eran negadas y que se otorgaban a los varones sin discusión alguna. Sin embargo, para aquella parte del viaje, a las mujeres se les permitía actuar como peregrinas y caminar hasta la catedral. Por una vez, no se esperaba que permanecieran confinadas en las andas reales.

Llegó hasta lo más alto de la montaña y se unió a aquellos que ya estaban de rodillas, alzando la voz para cantar. La ciudad de Santiago y las espirales distantes de la catedral brillaban bajo la luz del sol. «La catedral de Santiago, el templo de las estrellas...». El edificio mantenía a salvo en su santidad los huesos del martirizado Santiago, el hombre al que, una vez, Cristo había llamado hermano e «hijo del trueno». Pasarían cinco días en Santiago de Compostela y, después, emprenderían el camino hacia los barcos que les aguardaban.

«Sí. Mis días en la tierra donde nací están llegando a su fin».



María se alzó las faldas y se apresuró a subir el pequeño tramo de escaleras que conducía a la catedral. El pórtico de la Gloria se alzaba frente a ella como un saludo: centenares de figuras sagradas, todas ellas talladas en piedra y pintadas

de forma realista; en el centro, la estatua del apóstol Santiago tenía una mano levantada para bendecirles y recibirles en la catedral. La belleza del pórtico la dejó sin respiración e hizo que se detuviera, sobrecogida. Dirigiéndose hacia el lado opuesto al del apóstol, el arzobispo le señaló a Catalina una estatua que medía la mitad que ella.

—Es el Maestro Mateo —dijo en voz baja—, el cantero cuyo trabajo vemos a nuestro alrededor, mi princesa. —Sonrió—. Dicen que si deseáis recibir parte de la sabiduría del Maestro, debéis chocar la frente tres veces contra su cabeza. Yo mismo lo he hecho muchas veces, pero sigo sin ser más sabio, aunque confío en que el Señor me guíe.

Entonces, los instó a seguir adelante, conduciéndolos hacia el interior oscuro de la catedral. Frente a ellos, al final de un largo pasillo, un altar dorado resplandecía bajo la luz de innumerables velas. Subieron las escaleras que había tras el altar y el arzobispo los condujo hacia una estatua dorada de Santiago. Desde la parte de atrás, rodeó el busto con los brazos y se volvió hacia el resto de la comitiva.

—Antes de bajar a la cripta sagrada y visitar las reliquias, invitamos a todos los peregrinos a que abracen al santo de este modo.

Cuando al fin llegó su turno, María rodeó a Santiago con los brazos. Cerró los ojos, colocando la mano en una de las marcas que los peregrinos que habían estado allí antes que ella habían dejado en el pilar del santo. «Dios, mi Señor, llevadnos a salvo a Inglaterra —rezó—, concedednos allí la felicidad».

Siguiendo a los demás, bajó a la cripta. El espacio era tan diminuto que tan solo permitía que hubiera unas pocas personas a la vez. Se acercó hasta la tumba del apóstol. La urna plateada que había en el interior, reverenciada durante siglos, era lo bastante pequeña como para que un niño pudiera transportarla. Sin embargo, los restos humanos que contenía habían puesto en marcha la construcción de aquella gran catedral. La santidad de aquel lugar resultaba tangible.

En la cripta, el arzobispo y Catalina se arrodillaron el uno al lado del otro con las cabezas inclinadas mientras rezaban en silencio. Las voces de los monjes, que estaban cantando en la catedral, resonaban de una forma casi inquietante. Esperando su turno para entrar, María observó un rayo de luz que parpadeaba débilmente a su lado. Cerró los ojos, escuchando a los hombres cantar, grabando en su mente, su corazón y su memoria cada momento que había pasado en la catedral aquella

mañana. Abrió los ojos y, tras ver de nuevo la luz parpadeante que había a su lado, se dio cuenta de que era su turno de entrar en la cripta. Se había sentido sobrecogida al entrar en la catedral y, en aquel momento, arrodillada ante los huesos del apóstol, se sintió sobrepasada. Inclino la cabeza. «Dios mío, ayudadme a mantener la fe; ayudadme a ser fuerte y a no arrepentirme jamás del voto que hice de compartir el exilio de Catalina». Consciente de que los demás estaban esperando su turno, se puso en pie y siguió a la princesa hasta la nave de la catedral.

Francisca, que se sentó junto a Catalina, frunció el ceño pero se movió, acercándose más a Inés, para dejarle un hueco junto a ella. Ocupando su lugar, María le sonrió, agradecida. La joven le devolvió la sonrisa. Desde que habían pasado juntas un tiempo en el río, las muchachas le ofrecían momentos así y hacían que aumentaran sus esperanzas de que, algún día, todas llegaran a ser amigas.

María miró en torno a la magnífica catedral. Ocho hombres vestidos con túnicas rojas portaron el famoso incensario enorme al que llamaban «Botafumeiro». Los monjes lo ataron a unas cuerdas tan gruesas como los brazos de un hombre y se turnaron para colocar ascuas ardientes en el interior antes de cerrar la tapa. En torno al quemador, surgió y se arremolinó una densa nube de humo blanco y sus vapores embriagadores se volvieron casi abrumadores. Juntos, los ocho hombres pusieron en movimiento la polea de la cuerda, elevando el Botafumeiro hacia la cúpula principal. Con mucho esfuerzo y la coordinación de los que se han entrenado cuidadosamente, tiraron de las cuerdas hacia las alturas, balanceando el incensario de un lado a otro de la iglesia.

Llena de asombro, María apenas podía respirar, incapaz de apartar los ojos del vaivén del Botafumeiro, que transmitía una imagen de fuerza y poderío. Durante un instante, pareció que todo iba bien, pero, entonces, se dirigió hacia la alta ventana de la catedral y se soltó de las cuerdas. Un estruendo tremendo reverberó en el recinto, seguido del ruido de los cristales haciéndose añicos. El enorme incensario salió disparado del edificio.

Conmocionada, con el corazón en la garganta, María cayó de rodillas mientras oía cómo otros hacían lo mismo. Arrodillándose también, Catalina se volvió hacia ella. Con los ojos muy abiertos y asustados, susurró:

—No puede ser un presagio; no puede serlo.

María sacudió la cabeza, negándose a decir en voz alta lo que estaba pensando. Sintiendo ganas de vomitar, contempló los pocos fragmentos

de cristal que quedaban en la vidriera de la ventana. Durante un momento, pareció reinar la locura. Los monjes se escabulleron, presos del pánico, mientras que los hombres que habían balanceado el Botafumeiro permanecieron muy juntos. Con los rostros pálidos, miraban hacia la alta bóveda.

Algunos monjes se apresuraron a recoger los fragmentos de vidriera rotos. Sujetando frente a ellos las túnicas sueltas de las sotanas como si fueran delantales con los que recoger cosas, se llevaron los cristales. A su alrededor, la gente bullía con una oleada de consternación. Al final, el arzobispo se hizo cargo de la situación y regreso al púlpito.

—Recemos —entonó.

Rezó durante tanto tiempo que María cambió el peso de una rodilla dolorida a la otra y, para cuando les dijo que podían irse en paz, tenía el cuerpo rígido.

Más tarde, cuando regresaron a su palacio, el arzobispo no les hizo ningún comentario sobre lo que había sucedido. Al parecer, deseaba fingir que nunca había ocurrido. No era el único. Durante el banquete de aquella noche, todos parecían taciturnos. Catalina, que estaba sentada con el arzobispo en el estrado, tenía la mirada perdida al frente, mientras daba vueltas a la comida en el plato pero sin comérsela.

María esperó hasta que estuvieron en la privacidad de la alcoba de la princesa para hablar con ella. Se desvistieron y se metieron en la cama mientras alcanzaba la mano de su amiga.

—Os lo ruego, no penséis más en el percance de hoy. No significa nada. Catalina se volvió sobre sí misma, dándole la espalda.

—Silencio, deseo dormir —gruñó.

María yació despierta mucho tiempo antes de quedarse dormida. Y soñó.

Soñó que escalaba una montaña, colocando una mano detrás de la otra, mientras con los pies buscaba cualquier punto en el que pudiera apoyarse. Un cielo sin nubes la invitaba a continuar hasta una ciudad de oro que brillaba bajo el sol que había sobre su cabeza. Era Santiago de Compostela, que se alzaba sobre la cima de la montaña y que, aun así, resultaba más vívida en el sueño que cuando la había visto por primera vez apenas unos días antes. A pesar de la distancia a la que se encontraba, el brillo de la ciudad la cegaba y el corazón le dolía de anhelo por alcanzarla. Alguien sollozó. Las lágrimas se convirtieron en una avalancha de sangre y ella se cayó, haciendo que desapareciera la oportunidad de alcanzar la ciudad.

Al despertarse, María se frotó los ojos húmedos. A su lado, la princesa sollozaba sobre la almohada. Con la ciudad dorada perdiéndose cada vez más y más entre las brumas y los jirones de los sueños medio olvidados, tocó la mejilla húmeda de Catalina con un suspiro y la rodeó con los brazos. El cuerpo de la princesa se estremeció y sus lágrimas empaparon el camisón de María.

Catalina se apartó de ella y miró al techo.

—Otra pesadilla.

María salió de la cama y volvió a encender la vela. Después, regresó al jergón.

—¿Deseáis hablar de ello?

La princesa sacudió la cabeza con tanta fuerza que la cama crujió a modo de protesta.

—Solo ha sido un mal sueño, nada más.

María apoyó la cabeza cerca de la de Catalina.

—Yo también he tenido uno.

Se estremeció al recordar la tierra convirtiéndose en sangre coagulada en el sueño. La princesa le estrechó la mano.

—No es de extrañar; no después de lo que ha ocurrido hoy en la catedral. Pero hace años que tengo el mismo sueño. Un águila se me sienta sobre el pecho y me entierra el pico en el corazón una y otra vez. —La princesa la observó—. Cuando se marcha volando, me despierto llorando. ¿Qué puede significar?

María sacudió la cabeza, mirando también hacia el techo. La luz de las velas hacía brillar el oro de los intrincados ornamentos.

—Como habéis dicho, lo que ha ocurrido hoy en la catedral nos ha perturbado a ambas.

Catalina suspiró.

—Antes, cuando nos íbamos a dormir, os he hablado con dureza. Perdonadme, hermana mía. Desde que nos hemos marchado de la catedral, me he estado preguntando si las cuerdas rotas del Botafumeiro podían ser un aviso sobre mi matrimonio.

María se volvió hacia ella.

—¿Por qué pensáis eso?

La princesa tembló de forma visible.

—Desde que recibimos las noticias de la muerte del conde de Warwick, he creído que estoy maldita. No deseo hablar en contra de mis padres; sé

que tuvieron esa exigencia porque querían hacer de Inglaterra un lugar más seguro para mí. Sin embargo, su muerte no estuvo bien.

—No podéis culparos, Catalina. Vos no queríais que muriera.

—Entiendo lo que decís, hermana mía, pero eso no cambia nada. Era un impedimento para mi matrimonio y murió por ello. La Latina me enseñó lo suficiente sobre Inglaterra y sus gentes como para saber que Warwick tuvo una mala vida. No era más que un niño de diez años cuando el rey lo encarceló en la Torre. La Latina me contó que le privaron de libros y educación. Imaginaos pasar catorce años de privaciones para que, al final, os ejecuten. Su historia me rompe el corazón. Además, os equivocáis. Soy el motivo y la causa de su muerte; la culpa es mía.

María estrechó más a su amiga, sintiendo cómo su propio miedo aumentaba. ¿Tenía razón? ¿Acaso era posible que lo que había ocurrido en la catedral fuese de verdad un aviso sobre su matrimonio? Apartando de la mente aquellas ideas por considerarlas absurdas, deseó que llegase el amanecer; pronto. La noche parecía llena de fantasmas y premoniciones.